

CAPÍTULO VIII.

Proteccion de san José en todas las necesidades corporales ó espirituales.

Piadoso lector, terminaré este segundo libro ofreciéndoo una reunion de ejemplos de toda clase, que formarán un ramillete muy parecido á los que los jardineros componen de diversas flores, reunidas sin mucho arte, y que sin embargo son muy agradables, ora por la variedad de sus colores, ora por el perfume que resulta de la mezcla de tantos aromas. Este ramillete espiritual espero que agradaará á nuestro Santo, porque hará mas y mas evidente la verdad del testimonio que le ha dado una de sus mas afectuosas siervas, diciendo que san José es un Santo que da auxilio y socorro en todas las necesidades, de cualquiera clase que sean.

D. N. Quiroga, célebre capitan español, era muy devoto de san José. En las frecuentes guerras que sostuvo contra los pueblos de las islas Marianas recurria sin cesar á su proteccion, y esta proteccion era para él un escudo impenetrable. Esto lo experimentó

lo. San José no quiso que fuese castigada de

especialmente en una de esas islas en que muchas veces tuvo que combatir á los bárbaros con fuerzas muy inferiores, y siempre con un maravilloso éxito, pues jamás fue herido ninguno de sus soldados. Quiroga atribuia á san José todo el honor de esas victorias; y en efecto veia muy claramente el cuidado con que su celestial protector velaba por la conservacion de su pequeña armada. Un dia fue atacada con furor por un grueso cuerpo de insulares, que hicieron llover sobre ella una granizada de flechas emponzoñadas; y hubiera sin duda perecido toda entera, si san José, á quien invocó Quiroga, no hubiera venido del cielo á socorrerle. El Santo apareció en los aires, y la armada cristiana le vió quebrar las mortíferas flechas y hacerlas caer á los piés de los soldados contra quienes se habian lanzado ¹.

El P. Antonio Natali, célebre misionero jesuita, tenia una grande inclinacion á la vida interior, y por consiguiente una devocion grande á san José; por lo cual no perdía ninguna ocasion de honrarle. Entre otros

¹ Historia de las Islas Marianas.

— 226 —
opúsculos publicó uno en que estimulaba á todos los cristianos á venerarle especialmente ; se proponía publicar otro segundo sobre sus virtudes y prerogativas, pero la muerte impidió la ejecución de este piadoso desig-
nio. Había regado con sus sudores apostóli-
cos los Estados de Sicilia, y para asegurar el fruto, colocó cada misión bajo la protec-
ción de san José. Entre otros obsequios que le hacía, recitaba diariamente un rosario de oraciones que él mismo había compuesto en su honor. Aunque las cuentas del rosario fuesen de una materia muy comun, él las consideraba como una cosa muy preciosa, porque decía que era el rosario de san José. Un día se le perdió ; accidente que le fue tan sensible como á un avaro la pérdida de su tesoro. Rogó al Santo que lo encontrase, y no fue inútil su oración : una mañana, mientras daba gracias después de la misa, se acercó á él un niño lleno de gracias y belleza, y con aire de conocerle le entregó su rosario.

En el libro I, capítulo XI, hemos ya cita-
do á la venerable hermana Clara-María entre las almas que mas se han señalado por su devoción á san José : ahora hablarémos de al-

10. San José no quiso que fuese castigada de

gunos favores que san José dispensó á esta digna hija de santa Teresa. Su confianza en él no tenía límites, lo que se juzgará por el pasaje de una carta suya en que daba cuenta de su conciencia á su director : « El día de la «fiesta de mi san José fue para mí el mas fe-
«liz ; mi devoción á él me parecía mas viva
«y afectuosa. Yo me presenté á sus piés con
«todas mis miserias, y le rogué me alcanza-
«se de Dios un grande amor á su divina Ma-
«jestad. » Esta confianza le fue pagada con tantos beneficios y gracias, que pudo ase-
gurar con la santa madre Teresa que jamás le había pedido cosa que no hubiera obteni-
do. San José era su refugio en todas las ne-
cesidades del monasterio. Hé aquí un ejem-
plo : Una hermana que la había acompaña-
do á Roma á la fundación del monasterio, llamado *Regina celi*, debía volver al suyo primitivo. Clara-María temió que la salida de esa hermana, cuyas causas no ignoraba, perjudicase á la reputación del nuevo con-
vento. En tal perplejidad se dirigió á san José, diciéndole : « Ó amado Protector mio,
«mirad á qué estado de abyección va á re-
«ducirse esta pobre y pequeña casa de la

«Reina del cielo vuestra esposa.» Al momento escuchó interiormente estas palabras: «*Tertia die resurget*, resucitará al tercer día.» El suceso probó la verdad de esta prediccion. «Ella me llenó de gozo, dice Clara-María, «esperando que como la pasion de Nuestro Señor Jesucristo habia comenzado por los «oprobios, y terminado en la gloria de la «resurreccion, del mismo modo esta casa, «despues de algunos dias de humillacion, «resucitaria gloriosamente, lo que en efecto sucedió, y por medios que nadie jamás «hubiera imaginado.» Entonces fue cuando, á instancia de su devota sierva, san José libró á la hermana Ana-Teresa de la Encarnacion de un mal tanto mas espantoso, cuanto que era incurable: era un pólipa en la nariz, que segun los médicos extendia sus raíces hasta la oreja, y por lo mismo era mortal. La venerable Clara-María, visitando un dia á la enferma, le dijo: «Tened mucho valor, querida hermana, que «san José os cuidará.» Y volviéndose á la imágen del Santo, añadió estas palabras: «Glorioso Santo, por el gozo que tuvisteis «de llevar en vuestros brazos al niño Jesús,

lo. San José no quiso que fuese castigada de

«y por el amor que teneis á la Virgen madre, esposa vuestra, os ruego me concedais esta gracia.» En seguida se fué, prometiendo á la enferma comulgar por ella al dia siguiente. Al otro dia, despues de la comunion, volvió á ver á la enferma, y la encontró con un mal de cabeza horrible, la nariz inflamada, y con tal dolor, que parecia anunciar la gangrena. No por esto se turbó ni desconcertó la devota sierva de san José; antes con un aire mas seguro y alegre que nunca le dijo: «Tened confianza, mi querida hermana; sanaréis, san José quiere haceros esta gracia: para alcanzarla he prometido mandar celebrar tres misas y vestir «á un pobre en honor suyo; en consecuencia, hermana, ya puede sonarse.» La enferma repugnó hacerlo, á causa del gran dolor que experimentaba. «Obedeced, hermana mia, replicó la venerable Clara, obedeced, y os encontraréis bien.» Obedeció, pero sintió un dolor tan violento, que le parecia que le abrian la cabeza. Poco despues estornuda, y al momento el cerebro se desembaraza de los elementos de esa dolorosa enfermedad. Una vez arrojado el germen del

pólipo, la enferma se alivió, con grande admiracion de los médicos y cirujanos, que en el mismo dia fueron á verla, y á justificar por sí mismos la realidad del prodigio.

Ya hemos hablado otra vez de la hermana Juana de los Ángeles, religiosa ursulina de Lyon, que recibió gracias muy señaladas de san José; hé aquí una de las mas remarquables: Dios permitió que fuese poseida de un demonio que largo tiempo se obstinó en atormentarla. Para alcanzar su libertad, hizo voto de rezar diariamente durante un año el oficio de san José, de castigar cada semana su cuerpo con alguna mortificacion, y de comulgar nueve dias seguidos. El dia nono, mientras que el sacerdote la exorcizaba, el demonio mismo dijo que san José le ordenaba salir de ese cuerpo, y dió por señal de su salida el nombre de *José* que se encontraria grabado en la mano de la devota hermana. En efecto, se encontró grabado, y desde ese momento ella quedó libre.

Santa Catalina de Bolonia, así llamada porque en la ciudad de Bolonia, despues de muchos siglos, se conserva su cuerpo entero y sin corrupcion, vivió algun tiempo en

10. San José no quiso que fuese castigada de

un monasterio de Ferrara, donde ejerció el oficio de portera. Un anciano vestido de peregrino venia repetidas ocasiones á pedirle limosna; Catalina siempre se la daba, con tanto mas placer, quanto que él la entretenia refiriéndole sus viajes á Jerusalem, y la felicidad que habia tenido de ver todos los lugares de la ciudad santa. Un dia el peregrino, despues de haber recibido la limosna ordinaria, presentó á Catalina un pequeño vaso de barro, de una composicion desconocida, diciéndole que la Virgen santísima se habia servido de ese vaso para dar de beber á su divino Hijo en su infancia. Catalina aceptó la sagrada reliquia con tanto gozo como reverencia, y dió las gracias al generoso peregrino. Este, por su parte, le encargó que la guardase hasta que volviese á pedírsela; la bienaventurada portera quedó persuadida de que era un presente del glorioso Esposo de María, y conservó cuidadosamente el precioso tesoro. Habiendo sido despues nombrada superiora de un monasterio de Bolonia, confió el vaso á la superiora del convento de donde salia, con encargo de entregarlo al piadoso peregrino

cuando viniese á buscarle ; y que si no viniese, lo donaba al convento de Ferrara, á condicion que todos los años el dia de san José se expusiera á la veneracion pública. Estas piadosas disposiciones fueron ejecutadas, y la santa reliquia ha justificado su autenticidad por la multitud de curas milagrosas que por medio de ella se han obrado.

San Agustin observa que si el primer José hizo sentir la influencia de su poder y de su gloria á solo Egipto, el segundo tiene el privilegio de extenderla al mundo entero. ¡Qué progresos no ha hecho la fe católica desde que se colocaron bajo la proteccion de san José las misiones de muchas partes de las Indias orientales y occidentales, y las del grande imperio de la China, de donde es especial protector! Demasiadas pruebas existen del vivo interés que toma por estos pueblos bárbaros ; véase un ejemplo : Bajo los auspicios de san José la fe tomó posesion de las florecientes reducciones del Paraguay : tambien en una ocasion importante les ha dado una señal brillante y milagrosa de su vigilancia y su afecto. Esa naciente cristianidad estaba amenazada de un azote del cie-

lo. San José no quiso que fuese castigada de improviso, y expuesta así á su total destruccion ; la advirtió que se preparase, haciendo ver en diversos lugares sus imágenes empapadas de sudor, y bañadas de gruesas lágrimas, como para decir á su pueblo querido : « Ya ves á tu Protector llorar anticipadamente las desgracias que van á venir sobre tí ; llora tambien tú mismo, mientras que aun es tiempo, á fin de que la justicia divina, aplacada por tu penitencia ; descargue en otra parte el golpe de su venganza. »

El ejemplo siguiente servirá para sacar á los devotos de san José de un error que pudiera serles funesto. Si acontece que cuando rueguen al Santo, por otra parte tan generoso y tan bueno, no sean escuchados segun desean, no se entristezcan, sino que la fe les socorra y persuada que el Santo les escucha entonces del modo mas útil á sus verdaderos intereses, aunque sea el menos conforme á sus cortos alcances ; y que si sus deseos fuesen satisfechos, tal vez se convertirian en una desgracia. Porque, en efecto, son desgraciados aquellos enfermos á quie-

nes los médicos conceden todo cuanto desean. Un señor muy devoto de san José tenía costumbre de celebrar todos los años su fiesta con mucha solemnidad. Tenia tres hijos : uno de ellos murió el mismo dia de la fiesta ; y al siguiente año en el mismo dia murió el segundo. Esta doble pérdida affligió al buen padre, al extremo de hacerle tomar la resolucion de renunciar á celebrar mas la festividad del Santo, temiendo perder á su tercero y último hijo. De aquí es que, ora obligado por el temor, ora para disipar y arrojar de sí sus tristezas y sus inquietudes, emprendió un viaje. Caminando muy pensativo, alzó tal vez los ojos, y vió á dos jóvenes colgados de un árbol ; y al mismo tiempo le apareció un Ángel y le dijo : «¿ Ves á esos dos jóvenes? Pues sabe que «tus hijos, si hubiesen vivido, habrían tenido ese fin : mas porque eras devoto de san «José, él alcanzó de Dios que muriesen en su «infancia, para libertar á su casa de la des- «honra que le hubieran causado, y sobre todo para asegurarles, con esa muerte prematura, la vida eterna. Vé á celebrar la «fiesta del Santo, y no temas por el hijo que

«te queda ; será obispo y tendrá larga vida. » Todo lo cual se verificó segun la prediccion del Ángel.

Aunque el hecho siguiente parece que pertenece mas á la Esposa que al Esposo, esto es, mas bien á la Virgen María que á san José, no dejaré de referirlo, á fin de que los devotos de nuestro Santo se inflamen mas y mas en su afecto, sabiendo cuánto agrada esa devocion á la Virgen santísima, y cómo se complace en verle honrado. En 1648 vivia en Nápoles un esclavo moro, tan obstinado en su falsa religion, que no queria ni aun oír hablar de los dogmas de la fe cristiana. Además, los consejos y los ejemplos de otro esclavo aun mas encaprichado que él en su infidelidad aumentaban las dificultades de su conversion, pues no cesaba de fortificar sus funestas prevenciones contra el Cristianismo. El desgraciado moro, abandonándose completamente á su seductor, se enardecia contra los esfuerzos que se hacian para ilustrarle sobre la impiedad y lo absurdo del Mahometismo. En medio de esta ceguedad permanecia, sin embargo, fiel á una costumbre que practicaba hacia

dos años, y consistia en encender todas las noches una lámpara delante de la imagen de la Virgen santísima, pintada sobre la pared del jardin de su amo; y para poder sostener ese gasto, reservaba una parte de los pequeños gajes que obtenia. Su amo, que era un napolitano, habiendo reparado este acto de piedad, le preguntó qué le movia á practicarlo. El esclavo respondió: «Para ponerme bajo la proteccion de la Virgen María; y porque me parece que es una Señora muy amable, á pesar de las tinieblas de la noche que me ocultan sus obras.» El piadoso amo, creyendo haber encontrado la mas favorable ocasion de convertirle, mandó llamar á uno de los Padres de la Compañía de Jesús que estaba especialmente encargado de las almas de los pobres esclavos. El Padre fué al palacio, llamó al moro y á su compañero, y comenzó con dulzura á persuadirles que se hiciesen cristianos. Pero todo el fruto de sus exhortaciones se redujo á burlas que ejercitaron su paciencia. Lo mismo sucedia todas las veces que repetia sus exhortaciones. Entonces tomó el partido de rogar á Dios, y hacer que otras personas

tambien le pidiesen que ilustrase y moviese el corazon de estos infortunados. Estas oraciones fueron eficaces. La noche de la Asuncion, el moro, acostado en una cochera, dormia profundamente, cuando oyó una voz que llamándole por su nombre, le dijo: «Abel, Abel, despierta y escúchame.» Él despertó, abrió los ojos, vió toda la cochera bañada de una resplandeciente luz, y en medio de la luz á una Señora de majestuoso aspecto, vestida de blanco, y acompañada de un venerable anciano que llevaba en la mano un vaso de plata lleno de agua. Abel, penetrado de respeto y de temor á vista de un espectáculo tan maravilloso, gritó: «¿Quiénes sois? ¿Cómo habeis entrado aquí, estando cerradas las puertas?» La Señora le respondió: «Yo soy María, cuya imagen has venerado tú en el jardin; y el que está á mi lado es mi esposo José. He descendido del cielo para persuadarte que te hagas cristiano, y que tomes el nombre de José. —Señora, replicó el moro, mandadme otra cosa, y yo obedeceré; mas en cuanto á ser cristiano, no puedo resolverme.» La Virgen santísima, en lugar de indignarse con

dos años, y consistia en encender todas las

una respuesta tan poco atenta, se acercó al esclavo como para acariciarle; le puso una de sus manos sobre las espaldas, y le dijo con bondad: «Vamos, Abel, vamos, no me «resistas mas, hazte cristiano.» A este golpe el corazon de Abel, hasta entónces tan duro, se ablanda, se deshace como el hielo expuesto á los rayos de un sol ardiente, y dice: «Señora, vuestra mano sagrada ha «movido y abrasado mi corazon: ya quiero «obedeceros, quiero hacerme cristiano, y «llamarme José. Pero ¿cómo aprenderé las «oraciones de los cristianos, yo que soy un «pobre ignorante?—Yo misma, dijo la Madre de las misericordias, te las enseñaré.» Y tomando la mano derecha del moro, como lo haria una madre con su hijo, le hizo que formase la señal de la cruz, prometiéndole que nunca la olvidaria; añadiendo que las demás oraciones le serian enseñadas por el Padre que habia trabajado antes por hacerle cristiano. El moro, alentado con tantas bondades, le pregunta qué deberia hacer para ser cristiano. Entonces la Madre de Dios, tomando el vaso que llevaba san José, y derramando el agua en la cabeza del

neófito, le dice: «Ve lo que hará el sacerdote para bautizarte; y al mismo instante «tu alma quedará tan blanca como mis vestiduras.» Á estas palabras, la santísima Virgen hizo ademan como de retirarse. El moro lleno de confianza quiso detenerla; pero sus esfuerzos fueron vanos. «Señora, le «dijo entonces, prometeme volver á verme, para consolarme cuando me encuentre afligido.» Ella lo prometió, y desapareció luego. Una vez solo ya Abel, corrió á comunicar á su amo cuanto le habia ocurrido. Al día siguiente se dió aviso al Padre encargado de la conversion de los esclavos, y el moro se apresuró á pedirle el Bautismo. Su compañero de esclavitud, que por tanto tiempo le habia detenido en la infidelidad, se rindió al saber la vision milagrosa, y los dos, despues de algunos días de instruccion, se encontraron suficientemente dispuestos á recibir el Bautismo, en union de otros diez esclavos que á su ejemplo abrieron los ojos á la verdad. La ceremonia se hizo con mucha piedad y magnificencia. Abel, que era el principal objeto, tomó el nombre de José, de acuerdo con las órdenes que recibió

dos años, y consistia en encender todas las

de la Virgen, y se mostró digno de tan alta proteccion. No tardó la Madre de las misericordias en colmar de nuevos favores al que bien podia llamarse su hijo adoptivo. Encontrándose un dia poseido de una aflictiva melancolía, acudió á su protectora. «Virgen santa, le dijo, hé aquí el momento de cumplir vuestra promesa.» Al instante se le apareció, y le dijo: «José, ten paciencia.» Estas pocas palabras fueron para su corazon un bálsamo tan saludable y suave, que le pareció, segun él mismo referia, estar en el paraíso ¹.

¹ El P. Segneri en su libro: *El devoto siervo de Maria.*

LIBRO TERCERO.

**PRÁCTICAS DE DEVOCION EN HONOR
DE SAN JOSÉ.**

CAPÍTULO I.

Prácticas para todos los dias.

Queriendo el santo patriarca Jacob dar á su hijo José, jóven aun, una prueba de su ternura y de su predileccion, le regaló una túnica de diversos colores, de una gran belleza. Esto, á mi ver, fue una figura de esa variedad, ora de privilegios, ora de virtudes, ora en fin de homenajes, que entre todos los Santos distinguen á san José. Semejante á la Reina de los cielos por el esplendor de sus méritos y de sus prerogativas, ¿no deberia su culto, como el de la santa Virgen, reunir á la abundancia una agradable variedad, *circumdata varietate*? Manifestar las diversas devociones con que podais